

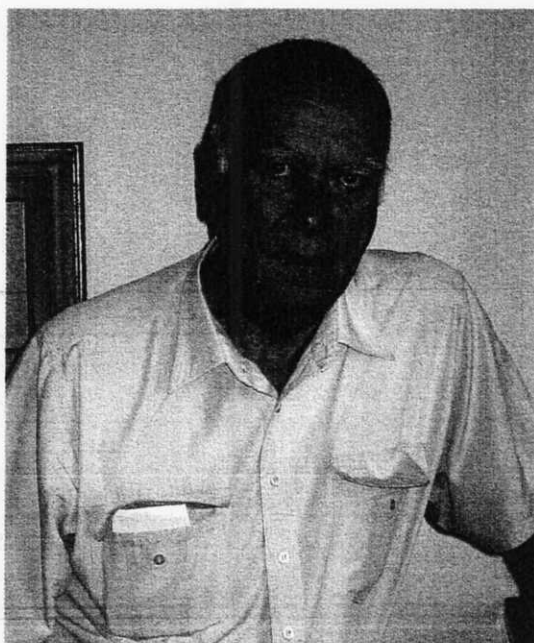
REVELADORAS NOCHES BLANCAS

RICARD RUIZ

Mijaíl Kuráyev es un gran escritor. Afirmarlo podría ser en Rusia una obviedad, pero en España vale la pena airearlo como una revelación. Iniciado en la narrativa de forma tardía -con *El capitán Dikshein* (1987)-, este veterano guionista nacido en San Petersburgo en 1939 posee novelas de gran valía, como las previstas para su publicación en Acantilado *Petia camino al reino de los cielos* y *Blok-ada*. Para debutar en su traducción al castellano, sin embargo, la editorial de Jaume Vallcorba ha elegido la espléndida *nouvelle Ronda nocturna*, la historia de un policía estalinista que Kuráyev redactó tras conocer el testimonio de un agente durante una guardia obligatoria

UNA CORROSIVA HISTORIA SOBRE LA DURA REPRESIÓN DEL ESTALINISMO Y LA MORAL DE LOS FUNCIONARIOS

la víspera del 1º de Mayo de 1962. Elocuentemente subtítulo *Nocturno para dos voces*, este duro relato sobre las luces y sombras morales de los funcionarios de la represión soviética es en efecto un nocturno, una pieza serena, lírica y expresiva que evoca horas oscuras y recuerda a las composiciones musicales de Frédéric Chopin, y antes que él a las de su creador John Field, no en vano fallecido en Rusia. La noche que ocupa la guardia del protagonista, con todo, es una de las célebres "noches blancas" de San Petersburgo, las que cada verano permiten al crepúsculo fundirse con el alba en un espectacular prodigio



Mijaíl Kuráyev.

ACANTILADO



Ronda nocturna

Mijaíl Kuráyev

Acantilado

13 euros

112 páginas

de la naturaleza. El brillo de esas noches, immortalizadas en la obra de Dostoyevski que Visconti convirtió en la película *Le notti bianche*, añade a esta ficción sobre las tinieblas del totalitarismo los claroscuros necesarios para erigirla en una bella y dolorosa, por momentos corrosiva y siempre epifánica, historia sobre la distorsión de la verdad.

Junto a los ambiguos epígrafes sobre la mentira con los que Gógol y Stalin, nada menos, abren y complementan la novela, uno de los rasgos menos explícitos de *Ronda nocturna* es su segunda voz. Para algunos será la del invisible guardia al que el protagonista se dirige, mientras le cuenta su iniciación policial, su aprendizaje del método represor y su incondicional adhesión al régimen: la voz del perfecto burócrata que justifica toda agre-

sión antes de abandonarse a las más sensibles digresiones sobre el canto de los ruiseñores, el grado de cocción del esperlano o la vida marinera. Para otros, en cambio, el diálogo del narrador será con la propia San Petersburgo, la ciudad nórdica por excelencia descrita en su atmósfera de los años 40, con detalles asombrosamente precisos sobre las rutas de sus detenciones y la ubicación del hogar de los interrogados. Para unos y otros, en cualquier caso, esa segunda voz será también la de las víctimas de Stalin, propiciadas por la colaboración de agentes que, como el aquí recreado, obedecieron hasta perder de vista toda norma que no fuese la de la administración incuestionada del terror.

El gran acierto de Kuráyev, sin embargo, es no juzgar; dotar al narrador de *Ronda nocturna* de esa mixtura moral que permite el orgullo por el deber cumplido si se une a la necesidad de confesión. Así es como estremece el personaje cuando explica sus devaneos para encerrar a un detenido sin cumplir las formalidades, o cuando, en sus mejores páginas, rememora las dificultades de los bibliotecarios rusos para repescar, tras su prohibición por el estalinismo, los libros ya prestados, y hacerlo además en 24 horas para evitar la prisión. Así, en fin, es como Mijaíl Kuráyev, en las pocas páginas de una novela bella y desconcertante como una noche blanca, ilumina un mundo, revela sus sombras y da a luz a un personaje que resplandece en su opacidad.